EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

MUERTOS QUE RESUCITAN,

PIEZA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ESCRITA SOBRE UN PENSAMIENTO DE OTRA FRANCESA,

POR

DON PEDRO ESCAMILLA.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°
1876

16

MUERTOS QUE RESUCITAN,

PIEZA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ESCRITA SOBRE UN PENSAMIENTO DE OTRA FRANCESA,

POR

DON PEDRO ESCAMILLA.

Estrenada con gran éxito en el Teatro MARTIN el 5 de Diciembre de 1875.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÁS

N.º de la procedencia
4623.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
PAZ.....	Sra. García.
DON LIBORIO.....	Sr. Calvacho.
DON ANDRÉS.....	Sr. Moreno.
CRISPIN.....	Sr. Lopez.

Época actual.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala regularmente amueblada; puerta á la derecha y una mampara de lienzo al foro, á cuyo lado habrá un armario. Crispin aparece pintando cerca de la mesa. Al descorrer el telon se levanta tirando el pincel.

ESCENA PRIMERA.

CRISPIN.

No hay un ser más desgraciado
en este mundo que yo;
nadie tampoco nació
para ser más contrariado.
Cuando pienso de mi suerte
en los extraños rodeos,
me dan terribles deseos
de procurarme la muerte.
Pero la vida á mi edad
inspira gran interés,
y atentar contra ella es...
es una barbaridad.
Yo que nací para se
un émulo de Zorrilla,
no puedo una redondilla
por falta de tiempo hacer;
porque el estómago tiene

722936

un imperio tan tirano!...
y aquí no puede un cristiano
seguir lo que le conviene.
Héme, aquí, pues, reducido
á miniar fotografías,
pasando dias y dias
dulcemente entretenido.
Comida y cena, es verdad,
y quince duros al mes
me da el señor don Ginés
por mi gran habilidad.
Otra cosa necesita
quien como yo el genio siente,
y tiene algo aquí, en la frente,
y un rasgon en la levita.
Siempre prosa!... Qué tormento!...
qué ansiedad tan espantosa!...
Mas lo cierto es que la prosa
es de la vida el cimiento.
Preciso es para escribir
una obra que al mundo asombre,
que coma y que beba el hombre
y que tenga que vestir.
Ya ha pasado el tiempo aquel
en que el poeta mentía
diciendo que no comía
y que era su hambre cruel.
Hoy la costumbre ha prescrito
poco á poco lo contrario;
y aunque ayune es necesario
que se manifieste ahito.
Sobre este punto escribir
una obra me prometo...
cuando dé con el secreto
de tener y no pedir.
Mas vamos á retocar
la cara de esta mujer,
que es fea y pretende ser
una belleza sin par.
No ví semblante más magro!...
y aun cuando el retrato paga,
es imposible que yo haga

con el pincel un milagro. (Se sienta.)
Haré de paciencia acopio
mi tarea prosiguiendo.
(Reparando en una caja pequeña que hay encima de la mesa.)
Mas qué es esto?... Ya comprendo!...
Justo!... Las pastillas de opio!...
Mi principal sus dolores
con ellas aliviar suele.
(Aproxima la caja á su nariz.)
Me parece que esto huele...
en fin, que no huele á flores.
(Llaman á la puerta del foro.)
Adelante.

ESCENA II.

DICHO y PAZ.

PAZ. Buenos dias.
CRISPIN. (Una tapada! pardiez!...
Esto huele á Calderon.)
Señora, siéntese usted.
(Pues si quiere retratarse,
yo su semblante he de ver.)
PAZ. Dígame usted, caballero,
puedo hablar con don Ginés?
CRISPIN. Ha salido esta mañana
para Vicálvaro en el
tren de las ocho.
PAZ. Dios mio!...
CRISPIN. Pero para el caso es
lo mismo; yo de buen grado
aquí le reemplazaré.
PAZ. (Vamos, será el escribiente.)
CRISPIN. (Se sienta.)
PAZ. (Descubriéndose.) (Podrá tal vez
indicarme...)
CRISPIN. (Es jamoncita;
pero no tiene mal ver.)
PAZ. Es usted letrado?
CRISPIN. Un poco. (Con énfasis.)

PAZ. Pues bien; yo soy de Jerez,
en donde más desgraciada
que yo no nació mujer.
CRISPIN. El lazo de la desdicha
nos aproxima: tambien
soy un hombre harto infeliz.
PAZ. Vine á Madrid, me casé.
CRISPIN. Envidia tengo á su esposo.
PAZ. (Parece un chico cortés.)
CRISPIN. (Mas para hacer su retrato,
vive Cristo que no sé
á qué viene esta monserga.)
PAZ. No puede usted suponer
los augurios que á mi enlace
precedieron; más yo, que
estaba tan obcecada!...
CRISPIN. Oiga!... qué me cuenta usté!...
PAZ. En fin, cambiamos el sí;
pasó la luna de miel
y mi esposo hoy en el dia
es lo más bruto y soez!...
CRISPIN. (La confidencia me encanta!
Qué me querrá esta mujer?)
PAZ. Vamos al caso.
CRISPIN. Sí, vamos.
PAZ. Ántes que yo del infiel
para siempre me separe,
ántes que llegue á romper
las cadenas que me ligan,
quiero...
CRISPIN. (Vírgen de Belen. (Levantándose.)
Su semblante, sus miradas
tristes y esa palidez
indican... que va á atentar
contra su vida!... Esto es!...)
PAZ. (Pero qué tendrá este jóven?)
CRISPIN. (Quiere su retrato hacer
para que un remordimiento
quede á su esposo con él.)
PAZ. (Habla sólo!... no comprendo...)
CRISPIN.. He penetrado muy bien
sus designios.

PAZ. Yo me alegro.
CRISPIN. Me inspira gran interés
su desgracia; pero debe
consolarse y no poner
en planta ese pensamiento
anticristiano y cruel,
tratándose de una dama
de su valía y su prez.
PAZ. Pero usted quiere que sufra
el trato de ese Luzbel.
No conoce usted mi genio
cuando me aconseja usted
la templanza.
CRISPIN. Ántes que... lo otro
cualquier cosa debe hacer.
PAZ No sería el primer caso:
conozco yo más de tres...
Si hiciera usted el obsequio
de un poco de agua.
CRISPIN. (Entra por la derecha.) Sí haré.
PAZ. Este jóven me cautiva;
no se parece á mi Andrés. (Cogiendo la caja.)
Hola! Qué es esto? Pastillas!
Son buenas para beber. (Come una.)
CRISPIN. Es de la fuente del Berro. (Con un vaso.)
PAZ. Muchas gracios. (Despues de beber.)
CRISPIN. No hay por qué.
ANDRES. Este es el cuarto. (Dentro.)
PAZ. Dios mio! (Levantándose.)
CRISPIN. Qué es eso?
PAZ. Ocúlteme usted!
CRISPIN. Pero, señora...
PAZ. No quiero
que me vea!
CRISPIN. Pero quién?...
(Paz se dirige al armario que hay en el foro.)
PAZ. Esta puerta... (Entra en el armario.)
CRISPIN. Es un armario
empotrado en la pared.

ESCENA III.

CRISPIN, ANDRÉS, LIBORIO y un ALGUACIL.

ANDRES. Crispin...
CRISPIN. Señor don Andrés!
ANDRES. Adelante, don Liborio.
CRISPIN. Don Ginés no está en Madrid.
ANDRES. Á esta fecha le supongo,
pensando piadosamente,
metido en al purgatorio.
CRISPIN. Qué escucho!...
LIBORIO. Horrible desgracia!
CRISPIN. No comprendo.
LIBORIO. Qué trastorno!
ANDRES. (Hay aquí cierto perfume,
perfume que yo conozco.)
LIBORIO. Aprovechemos el tiempo:
tengo que hacer un exhorto
y me urge...
ANDRES. Voy dél asunto
á enterar bien á este mozo.
El tren donde iba Ginés
esta mañana á las ocho
ha descarrilado.
CRISPIN. Cielos!...
(Es todo un drama.) Supongo...
ANDRES. Ha habido mil contusiones
y han perecido seis ú ocho.
CRISPIN. (Pues no es drama, que es tragedia!)
ANDRES. Ginés de este mundo al otro
ha pasado, y como tengo
mi parte en este negocio,
hasta ver si había hecho
su disposicion, es obvio
que yo debo procurar
no se arme aquí algun embrollo
en que yo pierda mi parte,
porque al cabo soy su socio.
El señor, mi concuñado

y escribano...

LIBORIO. (Saludando.) Don Liborio
Garduña, para serviros.

ANDRES. Á hacerse cargo de todo viene.
Así pues, de armarios, cómodas
y otros muebles, tome pronto
las llaves.

LIBORIO. Sí; procedamos
con órden...
(Cierra el armario y se guarda la llave.)
(Por San Antonio!...
Yo conozco este perfume!)
(Entra con Andrés y el Alguacil en la habitacion de la derecha y sale á poco con un manojo de llaves.)

CRISPIN. Dios mio, yo estoy atónito!
Ha encerrado á esa mujer!...
Si saben que yo la escondo...
Ella, para no ser vista
huyó veloz!... Uf, qué ahogo!...
¡Y mi principal difunto!...
Y yo cesante!... San Zoilo!...
Aquí, si Dios no me ampara,
va á estallar el trueno gordo!

ANDRES. Ya está hecho lo principal.
Usté al cuidado de todo
se quedará hasta que el juez
determine.

LIBORIO. Pero pongo
desde luégo en su noticia
que un artículo del Código
condena á presidio á quien
intente de cualquier modo
romper una cerradura.

CRISPIN. (Creo que malo me pongo.)

ANDRES. Podemos ir descuidados;
yo de este chico respondo.

LIBORIO. (Pues señor, este olorcillo...)

ANDRES. (Este olor es sospechoso.) (Salen por el foro.)

ESCENA IV.

CRISPIN.

En qué lance de repente
estoy metido, Dios mio!
Yo no salgo de este lio
sin un milagro patente.
Esa mujer encerrada
se va á ahogar... y yo no puedo
hacer en tamaño enredo
absolutamente nada.
De desdichas un enjambre
me acomete poco á poco;
si no espicho del sofoco,
de fijo me muero de hambre.
¿Á quién ansias tan extremas
depara su desventura?...
Si rompo esa cerradura
me emplean en Alhucenas!
Si yo no la rompo, al fin
un cadáver hallarán...
y aunque inocente, pondrán
en mi cuello un corbatin!
En estado tan violento
voy á atropellar por todo.
¡Que me vea de este modo
por un descarrilamiento!
Mi pérdida es evidente,
pues hablando y sin hablar
voy un crímen á pagar
estando tan inocente!

ESCENA V.

DICHO y D. LIBORIO.

CRISPIN. El escribano!... Dios mio!
Ya no es posible escapar!
LIBORIO. (Pues el tal perfume le usa

mucho mi cara mitad!)
CRISPIN. (Qué apuro!)
LIBORIO. (Y esta sospecha
no me deja sosegar.)
Vengo aquí á cierto negocio.
CRISPIN. (¡Esto va á concluir muy mal!)
(Liborio recorre la escena y se para frente al armario.)
LIBORIO. (Trasciende de una manera
junto al armario... que ya!)
Usaba tu amo perfumes?
CRISPIN. No á fe. (¿Dónde irá á parar?)
LIBORIO. Hombre, mira lo que dices.
Aquí trasciende.
CRISPIN. Es verdad...
á esencia de rosa.
LIBORIO. No
es rosa, es macasar!
CRISPIN. Ah!... Ya comprendo la causa!...
(Disimularé mi afan.)
Hoy á retratarse vino
una dama principal,
y...
LIBORIO. ¿Se metió en este armario?
(Yendo junto al armario.)
CRISPIN. (Qué dice?...) (Id.)
LIBORIO. (Su voz está
turbada, y un no sé qué
voy advirtiendo en su faz!)
CRISPIN. (Este hombre va á descubrirme!
Tiene un modo de mirar!...)
LIBORIO. (Aquí pasa algo sin duda,
y algo que no es natural!
Si yo pudiera alejarle
de aquí!...)
CRISPIN. (Si sospechará?)
LIBORIO. Mira, tráeme del estanco
cuatro cigarros de á real.
CRISPIN. (Si me alejo descubrirlo
puede de un golpe quizá!)
Dispense usted, mas no puedo.
LIBORIO. ¡Cómo!

CRISPIN. No puedo bajar
la escalera: aquí en un pie
me ha salido... un zaratan.
(Uf! qué bárbaro!)
LIBORIO. (Se niega!
Tiembla! Ya no hay que dudar!)
CRISPIN. (Dios mio!)
LIBORIO. (Hay gato encerrado!)
(Mirando al armario.)
CRISPIN. (¡Yo tengo un miedo cerval!)
LIBORIO. (Lo cierto es que Sinforosa
es alegre por demas!
Si ha venido á esta casa
y ha visto á este perillan...)
CRISPIN. (¡Con qué afan mira al armario!)
LIBORIO. (Fijos sus ojos están
en ese mueble! Aquí tengo
la llave; quiero apurar
de una vez mi desventura!)
(Se dirige para abrir el armario: Crispin le detiene.)
CRISPIN. Qué hace usted? Por San Damian!
LIBORIO. Satisfacer un capricho:
tengo una necesidá
grande de ver lo que encierra
ese mueble de nogal.
CRISPIN. Efectos de don Ginés.
LIBORIO. Pero... ¿de ninguno más?
Por qué te turbas? Responde!
CRISPIN. Estoy sereno.
LIBORIO. Ya, ya! (Va á abrir.)
CRISPIN. Repito á usted que es inútil
su intento.
LIBORIO. Déjame en paz!
CRISPIN. Usted no tiene derecho...
LIBORIO. Puede que sí! (Pugnando por entrar.)
CRISPIN. No abrirá.
LIBORIO. Quieres impedirme?
CRISPIN. Hacerlo
es mi obligacion.
LIBORIO. No tal!
Y aunque lo fuera... he de ver

lo que en este armario hay.
CRISPIN. No lo consiento: yo soy
depositario legal.
LIBORIO. Y yo escribano! Si te opones
más tiempo á mi voluntad,
duermes en el Saladero.
CRISPIN. ¡Vírgen santa del Pilar!
LIBORIO. Represento la justicia!
CRISPIN. (¡Bien representada está!)
LIBORIO. En su nombre puedo hacer
lo que quiera!
CRISPIN. (¡Y es verdad!)
LIBORIO. Conque... (Abriendo.)
CRISPIN. ¡No se abre la tierra!...
(Abre las dos hojas del armario, y en el fondo, sentada en una de las tablas, aparece Paz profundamente dormida.)
LIBORIO. Una mujer!... ¡San Pascual!
¡La esposa de don Andrés!
mi cuñado... sí, sí... Paz!
CRISPIN. (Con el credo entre los dientes
estoy! Yo voy á espirar!)
LIBORIO. Su inmovilidad me espanta.
(Reconociéndola.)
Está muerta! (Retrocediendo.)
CRISPIN. ¡Es natural!
LIBORIO. (Respiro! No es Sinforosa!)
CRISPIN. (Ya no puedo soportar
mi situacion y me escapo.
No paro hasta Gucatan.)
(Váse por el foro.)

ESCENA VI.

LIBORIO.

Pero, señor, ¿cómo así
acontecer ha podido?
Respóndeme. Calle! Ha huido
y me deja solo aquí!
Qué confusion tan completa!
En claro no veo nada.

Esta mujer encerrada
cual si fuera una calceta!
Y el chico á todo correr
huyendo de mi presencia!
Esto bien claro, evidencia
un crímen! ¡Pobre mujer!
Oh! dar parte es necesario
y hacer que el reo presunto
sea encarcelado al punto
para instruir el sumario.
Vea usted de qué manera
el hombre ve realizado
aquello que ha deseado
cuando ménos se lo espera.
Con un afan pertinaz
el divorcio deseaba
Andrés, pues con Paz no estaba
absolutamente en paz;
y hoy, sin que le cueste un duro,
se encuentra viudo, es decir,
que ha podido conseguir
verse libre del apuro.
No obstante, el mal es notorio;
pues aunque no la tuviera
mucho afecto, la manera
de que la pierde...

ESCENA VII.

DICHO y ANDRÉS.

ANDRES. ¡Liborio!
LIBORIO. (Él aquí!... Si habrá sabido?...)
ANDRES. No sabes con qué impaciencia
vengo.
LIBORIO. ¿Pues qué te sucede?
ANDRES. Una terrible sospecha;
no tal, un presentimiento
de que apenas darme cuenta
puedo, mis pasos dirige
á esta casa.

LIBORIO. (Santa Tecla!)
ANDRES. Cuando vine esta mañana
noté un perfume, una esencia...
LIBORIO. (Sí, como yo.)
ANDRES. Á la que Paz
es terriblemente afecta.
Me dió una corazonada;
voy á mi casa y en ella
no la encuentro.
LIBORIO. (¡Era imposible!)
ANDRES. Se me ha puesto en la cabeza
que Paz ha venido aquí.
LIBORIO. Pero, hombre, y aunque así fuera...
(Preparemos el terreno.)
la industria que aquí se emplea
viene á hacer un sitio público
de esta casa. De manera
que si intentó retratarse...
ANDRES. Sí; ¿pero á quién tal fineza
iba á hacer?
LIBORIO. Dime, Andresillo,
si tu esposa se muriera,
no causaría el dolor
en tu corazon gran mella.
ANDRES. Qué dices?...
LIBORIO. Que no debías
sentirlo mucho. Paz era
casi una calamidad
para un hombre de tus prendas.
ANDRES. Pues estás en un error,
porque yo la amo con tierna
solicitud.
LIBORIO. ¡Embustero!
ANDRES. Confieso que ántes con ella
he obrado imprudentemente,
dando márgen á que hiciera
propósito de divorcio;
pero hoy...
LIBORIO. Comprendo la treta!
Hablas así porque yo
tus denuestos no refiera
á mi mujer, y á su vez

á Paz no los cuente aquella.
ANDRES. Liborio, en esta ocasion,
como en otras mil, no aciertas.
Yo quiero á Paz casi casi
como el dia que en la iglesia
nos unieron.
LIBORIO. Pues te digo,
querido Andrés, que no cuela.
Tú la aborreces, la odias,
y haces bien en no quererla,
porque mira, francamente,
se va poniendo muy vieja.
(Perdóneme la difunta.)
ANDRES. ¿Pero á qué das en tal tema?
Qué sacarias en limpio
con que yo la aborreciera?
Estoy muy lejos de hacerlo.
LIBORIO. Vamos, al fin lo confiesas.
ANDRES. ¡Dale!...
LIBORIO. Pues chico, en el mundo
suceden mil controversias...
y á veces... salta la liebre
en donde ménos se piensa.
ANDRES. Pero qué tiene que ver...
LIBORIO. La muerte á nadie respeta...
Como que de haber nacido
es forzosa consecuencia.
ANDRES. Hombre, yo sabía eso
mucho ántes de ir á la escuela.
LIBORIO. Sí, sí... Todos lo sabemos,
pero cuando el caso llega...
¿De veras odias á Paz?
ANDRES. ¿Á qué viene esa monserga?
Ya te he dicho que la adoro.
LIBORIO. No me engañes...
ANDRES. No; de veras
te hablo.
LIBORIO. Pues... tanto peor!
(¿Cómo á darle voy tal nueva?)
ANDRES. En tu voz y en tu semblante
advierto con extrañeza
una emocion...

LIBORIO. Es verdad!
ANDRES. Algo pasa que no acierta
mi mente á poner en claro.
LIBORIO. Es verdad!
ANDRES. Si la ocurrencia
no fuera grave, en seguida
participado la hubieras.
LIBORIO. Es verdad!
ANDRES. Pues habla; estoy
dispuesto á oirte; aunque sea
lo que tengas que decirme
más triste que una tragedia.
LIBORIO. Pues bien, Andrés, para tí
no habrá ya paz en la tierra.
ANDRES. Qué dices?
LIBORIO. Que tu mujer...
vamos...
ANDRES. Habla! ¿Me la pega?
LIBORIO. Eso fuera lo de ménos.
ANDRES. Entónces... ¡maldita lengua!
LIBORIO. Ya puedes, amigo mio,
cantarle el *requiem eternam*.
ANDRES. Ha muerto?
LIBORIO. Mira. (Abriendo el armario.)
ANDRES. Dios mio!
(Ántes se aproxima y luégo retrocede.)
Qué desgracia tan funesta!...
¡Me va á matar el coraje
si no me mata la pena!
Yo voy á pegarme un tiro!...
LIBORIO. (¡Pues la amaba este babieca!)
Hombre, calma ese arrebato.
ANDRES. ¡Estoy echando las muelas!
Esa muerte es una estafa!...
Me han robado!...
LIBORIO. Qué ocurrencia!...
¡Por la Vírgen de la Antigua!
sosiega ese afan, sosiega.
ANDRES. Tú no sabes de este lance
las terribles consecuencias!
LIBORIO. Sí; que vestirás de negro.
ANDRES. Hace lo más hora y media

que he recibido una carta
de Santa Cruz de Mudela.
El tio de Paz ha muerto
dejando toda su herencia
á mi mujer.

LIBORIO. ¡Santo Cristo!

ANDRES. Y en el caso que ella muera
sin sucesion, á su hermana
pasarán dinero y tierras.

LIBORIO. ¡Y su hermana es mi mujer!
¡Oh gozo!...

ANDRES. Oh suerte perversa!

LIBORIO. Comprendo ahora el repentino
amor, la pasion tan tierna
que tu corazon sentía
por Paz.

ANDRES. ¿Dónde hay una cuerda?

LIBORIO. ¡Qué muerte tan oportuna!
Conviene ahora que procedas,
para que el doctor al punto
extienda la fe de muerta.

ANDRES. ¡Hola! ¿pretendes birlarme
esa fortuna?

LIBORIO. Ya entera
pertenece á mi mujer.
¡Dios mio, cuando lo sepa!...
Voy á darle esta noticia. (Sale por el foro.)

ANDRES. No puedo más. Hoy me entierran.

ESCENA VIII.

ANDRÉS.

ANDRES. ¡Irse de las manos
tan bella ocasion
para enriquecerme!...
¡Vírgen de la O!
Paz fué hasta morirse
mi condenacion!
¿Por qué un chico ó chica
ántes no me dió!

Murió de repente
sin duda, ¡gran Dios!...
Comprendo la causa:
ayer se bebió
dos ó tres cuartillos
de agua de limon,
y hoy por la mañana
pepinos comió!
Su estómago no era
el de un tiburon.
¿Pero qué me importa?
La causa ó motor
de mi desventura
es su afan atroz
de morirse... ¡Infame!
No tengo valor
para darle un golpe...
¡Ella me le dió!
Su muerte ha sido una
mistificacion.
En tanto Liborio,
mas feliz que yo,
cogerá esos cuartos!...
¡Me ahoga el dolor!
(Paz hace un movimiento.)
¿Pero quién se acerca?
Sería ilusion...
Cielos!... Un suspiro!
y otro!... Ya son dos!
(Se arrima al armario.)
Parece que alienta!
¿Segunda edicion
será del milagro
de Lázaro? No.
Si mueve los labios.,.
se incorpora!... ¡Oh!
(Retrocede espantado al ver que Paz se levanta.)

ESCENA IX.

DICHO y PAZ.

PAZ. ¡Oh, que extraña pesadez!
ANDRES. (¡Se agita y habla, Dios mio!)
PAZ. Qué es esto que me sucede?
Parece que me he dormido.
ANDRES. (Acaso no estará muerta?...)
PAZ. Ahora reconozco el sitio.
Mas como en él estoy sola?
¿Dónde se fué el barbilindo
con quien aquí estuve hablando?
ANDRES. No hay más!
PAZ. ¡Cielos! ¡mi marido! (Viéndole.)
ANDRES. Paz, qué es eso? no te has muerto?
Contesta.
PAZ. Has perdido el juicio?
ANDRES. Conque vives? Qué alegría! (Saltando.)
El gozo me vuelve niño!
No se me escapa la herencia!
Ya soy rico!... ya soy rico!...
PAZ. Qué dices?
ANDRES. (Disimulemos.)
¿Sabes que te hemos creido
difunta!
PAZ. Pues de esa duda
al convencerte, imagino
que no estarás muy alegre.
ANDRES. Al contrario! ¿No me has visto
hace un instante saltar
por los aires, como un chico?
PAZ. Á veces es el coraje
al placer muy parecido.
ANDRES. Esposa mia, no dudes,
no dudes de mi cariño!
Pero explica ántes el caso
y dime á lo que has venido,
y cómo te hallo encerrada
en ese armario maldito.

PAZ. Para entablar la demanda
de divorcio he acudido
á este lugar.
ANDRES. Y á un fotógrafo
ibas á dar el litigio?
PAZ. No vive aquí don Ginés
el procurador? Tu amigo?
ANDRES. Se ha marchado á Salamanca
hace un mes. El inquilino
de este cuarto es don Ginés
Martinez, amigo mio
y sócio, que hace muy poco
debió romperse el bautismo
en un vagon. Pero en suma...
PAZ. Yo vine con el designio
de que ya te he dado cuenta;
y al sentir tu voz, clarito,
me he encerrado en ese armario
por no verte.
ANDRES. (¡Vive Cristo!
Si se empeña en divorciarse
va á ser para mí lo mismo
que si muriera! No pesco
la herencia!)
PAZ. Pero no atino
á darme la explicacion
de mi sueño!
ANDRES. Paz, te digo
que desde hoy vivo resuelto
á ser á tu voz sumiso
y amarte como el más tierno
y manso de los maridos.
PAZ. No creo en vanas palabras.
serás siempre un basilisco
para tu mujer.
ANDRES. Te juro...
Estoy muy arrepentido
de mi conducta pasada.
Confieso que soy indigno
de que me llames tu esposo:
mas mis faltas desde hoy mismo
borraré, siendo, alma mia,

esclavo de tus caprichos.
(Parece que ya vacila.)

PAZ. (Es su acento tan sumiso
que yo no sé qué pensar.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, LIBORIO y CRISPIN.

LIBORIO. (Empujando á Crispin.)
Este ha sido el asesino.
(Viendo á Paz.)
¡Ave María Purísima!

CRISPIN. No se ha muerto!

LIBORIO. Yo deliro!

ANDRES. Aquí no hay asesinato
ninguno.

LIBORIO. Cómo!

ANDRES. Te birlo
la herencia.

CRISPIN. Pero, señora,
yo no comprendo este lío.

LIBORIO. Yo no lo consentiré...
despojarme de tan rico
patrimonio!... Soy capaz
de asesinarla yo mismo
si ella no vuelve á morirse
como lo estaba al principio.

ANDRES. Liborio, resignacion,
calma.

LIBORIO. Pero esto es inícuo!

ANDRES. En el mundo hay controversias.

LIBORIO. Voy á colgarme de un pino!
(Coge con furor la caja de la pastillas y da con ella un golpe sobre la mesa.)

CRISPIN. Deje usted esas pastillas,
que son de opio!

PAZ. Qué he oido!
Ahora me explico el sopor
que ha embargado mis sentidos.
Hace muy poco tomé una.

ANDRES. Desdichada!

LIBORIO. Por San Críspulo!
(Ofreciéndole la caja.)
Cuñada mia, haz favor
de comer veinticinco
para ver si así revientas!
CRISPIN. Hombre, vaya unos designios!
LIBORIO. De este modo cobraría
yo la herencia de tu tio.
PAZ. Ha muerto?
ANDRES. Y por herederos
nos deja.
PAZ. Ya no me admiro
de tu furibundo amor.
LIBORIO. Tienes razon; es un pillo,
que sólo ama tus doblones!
Recházale como indigno
de tu amor.
PAZ. Esas son cuentas
que él ajustará conmigo
en breve.
ANDRES. Bravo! divino!
(Yo la haré cuatro carocas
y sin remedio la rindo.)
CRISPIN. Lea usted; hace un momento
este parte he recibido.
(Dándole un papel á Andrés.)
ANDRES. Cómo!... Ginés se ha salvado
de la catástrofe! Á Pinto
marchó equivocadamente.
Me alegro... y le felicito.
LIBORIO. Si hoy resucitan los muertos
de un modo muy peregrino!
ANDRES. Sí, para hacer la ventura
más completa de los vivos.
(Abrazando á Paz.)
Perdóname, Paz hermosa;
desde hoy yo seré un marido
enamorado, prudente,
cariñoso, humilde, fino...
que amando mucho á su esposa
borrará sus extravíos.
PAZ. Pues siendo así, te perdono.

LIBORIO. Estoy por pegarme un tiro!
PAZ. La comedia está acabada:
os voy á pedir ahora,
y espero será otorgada,
una mísera palmada;
os lo ruega una señora.

FIN.

AUMENTO Á LA ADICION DE 26 DE NOVIEMBRE DE 1875.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
La mujer de Putifar	1	D. Juan Bergaño	Todo.
La veleta	1	Luis Pacheco	»
Las lunas del amor	1	R. García Santisteban.	»
Los encantos de la voz	1	Manuel Juan Diana	»
Muertos que resucitan	1	Pedro Escamilla	»
Por un majuelo	1	Luis Pacheco	»
Desde la Granja á Segovia	2	Emilio Alvarez	»
Los alfilerazos	2	S. María Granés	»
Atila	3	Enrique Gaspar	»
Las fiestas del hogar	3	Sres. E. Alvarez y Ricardo Puente y Brañas	»
El verdugo de mi hijo	3	Sres. E. y Alberto E. Rossi	»
La mejor conquista	3	D. Juan José Herranz	»
ZARZUELAS.			
Una conspiracion	1	M. Genaro Rentero	Libro.
El fresco de Jordan	1	Sres. Granés y Hernandez	L. y M.
Entre el alcalde y el rey	3	D. G. Nuñez de Arce	Libro.

NOTA. Han pasado á la administracion de esta Galería todas las obras de la titulada *El Teatro Económico*, propiedad de los Sres. Don Llorente y D. Cárlos Borghini; y dejado de pertenecer la música de la zarzuela en un acto *Als Lladres*, de D. Benito Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle d
Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directa
mente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de fran
queo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.